



Frío como el hielo



Anne
Stuart

1

Genevieve Spenser se ajustó las gafas de sol de cuatrocientos dólares, se retocó su perfecto peinado y se subió a la lancha motora. Después de un largo y gélido invierno en Nueva York debería estar preparada para el brillante sol del Caribe, pero por desgracia no estaba de humor para apreciarlo. En primer lugar, no quería estar allí. La firma de abogados Roper, Hyde, Camui and Fredericks le había concedido seis semanas de vacaciones, y su intención era pasarlas en las selvas de Costa Rica, sin maquillaje, tacones ni lentillas. Había estado tan preparada para despojarse de todo, que aquella última tarea encargada por el bufete le parecía una enorme carga en vez del asunto tan simple que era.

Las islas Caimán estaban de camino a Centroamérica... Más o menos. Y un día extra no supondría ninguna diferencia. Así se lo había asegurado Wal-

ter Fredericks. Además, ¿qué mujer de treinta años, soltera y apasionada, se negaría a pasar un tiempo con el hombre más sexy del año, según la revista People? Harry van Dorn era arrebatadoramente atractivo y encantador, y el bufete que representaba a la Fundación Van Dorn necesitaba que firmase algunos documentos. Una oportunidad perfecta para todos, incluida ella.

Genevieve no estaba de acuerdo, pero mantuvo la boca cerrada. Había aprendido el valor de la diplomacia y del tacto en los últimos años, desde que Walt Fredericks la tomara bajo su tutela.

Llevaba su traje gris de Armani y los zapatos Manolo Blahnik de setecientos dólares que había comprado sin pestañear. Unos zapatos que le hacían un daño terrible en los pies y que la elevaban sobre la mayoría de los hombres. Cuando los llevó por primera vez a casa y miró el precio de la etiqueta rompió a llorar. ¿Qué había sido de la joven decidida a dedicar su vida a ayudar a los demás? ¿Aquella luchadora por las causas perdidas que gastaba su dinero en los más necesitados, en vez de despilfarrarlo en ropa de diseño?

Por desgracia sabía muy bien cuál era la respuesta, pero no iba a analizarla. En su vida férreamente controlada había aprendido a no mirar atrás. Los zapatos eran preciosos, y se merecía tenerlos. Y se los había puesto para ver a Harry van Dorn como parte de su armadura protectora.

Le dificultaron la tarea de embarcar en la lancha, pero consiguió hacerlo con un mínimo de elegancia. Odiaba los barcos. Muy rara vez tenía náuseas, pero siempre se sentía atrapada cuando estaba en el mar. Podía ver la impresionante forma del yate de Van

Dorn contra el horizonte. Parecía más una mansión que un barco. Tal vez pudiera ignorar que estaban rodeados de agua y fingir que se encontraban en un restaurante de categoría. Se le daba bien ignorar las circunstancias desagradables. Había aprendido que ése era el modo de sobrevivir.

Además, su trabajo sólo debería llevarle algunas horas. Dejaría que Harry van Dorn la agasajara con un almuerzo, conseguiría que firmase los papeles que llevaba en su elegante portafolios de piel y los mandaría a Nueva York. Era absurdo sentirse tan nerviosa sólo por unas horas. Era un día demasiado bonito para dejar que un mal presagio oscureciera el radiante sol del Caribe.

Llevaba los tranquilizantes en el bolso. La tripulación de Van Dorn la había acomodado y le había servido un vaso de té helado. Sólo tenía que tomar una píldora. Había pensado dejarlas en Nueva York, creyendo que no las necesitaría en la selva tropical, pero por suerte había cambiado de opinión en el último minuto.

Genevieve había estado en otros yates... Roper y compañía estaban especializados en tratar los asuntos legales de muchas organizaciones benéficas, y ella había cambiado su trabajo como abogada defensora a la abogacía privada con la esperanza de aprovechar los restos de su conciencia liberal. Se había llevado una amarga decepción al comprobar que esas organizaciones servían a los ricos para evadir impuestos y que gastaban tanto dinero en rendir homenaje a los donantes como en las obras de caridad, pero para entonces ya era demasiado tarde.

El palacio flotante de Van Dorn, el Siete Peca-

dos, era mucho mayor que cualquier yate que hubiera visto en su vida. Pertenecía a la Fundación Van Dorn, no a Harry... un bonito modo de desgracia fiscal.

Subió a bordo, balanceándose sobre sus tacones de tres centímetros y medio, y observó la cubierta con una expresión impasible. Con un poco de suerte, Harry van Dorn estaría demasiado ocupado en el minigolf que se veía en la proa como para querer perder tiempo con una abogada que no era más que la mensajera de Roper, Hyde, Camui and Fredericks.

Esbozó su sonrisa más profesional y entró en una enorme habitación hermosamente decorada en blanco y negro y con multitud de espejos que la hacían parecer aún mayor. Ya había revisado su aspecto aquella mañana, pero aun así examinó su reflejo desde todos los lados. Mujer de treinta años con una larga melena rubia y un traje gris impecable que ocultaba esos siete kilos que no serían del agrado de Roper y compañía. Tampoco eran del agrado de Genevieve, pero ninguna dieta ni ejercicio físico podía eliminarlos.

—¿Señorita Spenser?

Tardó un momento en ajustar la vista a la tenue luz de la habitación, y sólo pudo ver la forma borrosa de un hombre. La voz tenía un ligero acento británico, de modo que no podía tratarse de Harry. Harry van Dorn era de Texas.

El hombre dio un paso hacia ella.

—Soy Peter Jensen, el ayudante personal del señor Van Dorn. Estará con usted enseguida. Mientras tanto, ¿puedo ofrecerle algo para que se sienta más cómoda? ¿Una copa, quizá? ¿Un periódico?

Era un hombre de aspecto soso y anodino, de pelo negro y gafas con montura de alambre. Alguien que hubiera pasado desapercibido por la calle.

—Me gustaría un té helado y el *New York Times*, si es posible —dijo, sentándose en un sillón de piel y dejando el portafolios junto a ella. Cruzó las piernas y observó sus zapatos. Valían cada centavo que les había costado, teniendo en cuenta lo que hacían a sus largas piernas.

Levantó la mirada y vio que Peter Jensen también los estaba observando, aunque sospechó que sólo se interesaba por los zapatos. No parecía el tipo de hombre al que le gustaran las piernas de una mujer, por atractivas que fueran.

—Enseguida, señorita Spenser —dijo él—. Póngase cómoda, por favor.

Desapareció en silencio, como un fantasma, y Genevieve intentó sacudirse una sensación de incomodidad. Había percibido la desaprobación de aquel hombre, quien seguramente se había imaginado el precio de sus zapatos. Normalmente las personas se quedaban impresionadas. Había entrado en una exclusiva tienda de Park Avenue y todo el personal se había apresurado a atenderla, sabiendo que una mujer que calzaba unos zapatos tan caros no dudaría en gastarse una fortuna en ropa.

Y eso había hecho.

Genevieve se endureció ante la reaparición de Peter Jensen, pero quien entró fue un camarero uniformado con un vaso alto de té helado y un ejemplar del *New York Times*. En la bandeja también había una pluma de oro.

—¿Para qué es esto? —preguntó ella, agarrándo-

la. ¿No creían que fuera lo bastante profesional para llevar su propio bolígrafo?

—El señor Jensen ha pensado que tal vez le gustaría hacer el crucigrama del periódico. El señor Van Dorn se está duchando y puede que se retrase un poco.

¿Cómo sabía aquel fantasma que ella hacía crucigramas? ¿Y con un bolígrafo? El crucigrama del sábado era el más difícil de toda la semana. Genevieve no dudó ni un instante. Por alguna razón, sentía que Peter Jensen la había desafiado, y aunque estaba cansada y deseosa de estar en cualquier otro sitio, decidió hacer el pasatiempo para abstraerse de todo lo que la rodeaba.

Estaba acabándolo cuando se abrió una de las puertas del salón y una alta figura llenó el umbral. Genevieve dejó el periódico y se levantó muy dignamente. Pero su dignidad se evaporó en cuanto la figura avanzó y ella vio que era Peter Jensen otra vez. El hombre miró el periódico doblado, y Genevieve supo que sus ojos inexpresivos habían localizado las casillas en blanco del crucigrama.

—El señor Van Dorn la recibirá ahora, señorita Spenser.

Ya era hora, pensó. Peter se apartó para dejarle paso, y ella se quedó sobrecogida al darse cuenta de su imponente estatura. Genevieve medía más de un metro ochenta con sus tacones, pero él la aventajaba en bastantes centímetros.

—Enigma —murmuró él.

—¿Cómo dice?

—La palabra que falta. Es "enigma».

Claro que sí. Genevieve hizo un esfuerzo por controlar su irritación instintiva. Aquel hombre la

sacaba de quicio sin ningún motivo aparente. Pero ya no tendría que aguantarlo mucho más. Conseguiría que Harry van Dorn le firmara los papeles, flirtearía un poco si era necesario y regresaría al aeropuerto para tomar el primer vuelo a Costa Rica.

El sol la cegó cuando salió a cubierta. Genevieve miró el barco, un verdadero transatlántico, y siguió a Peter Jensen hasta Harry van Dorn, el multimillonario más sexy del mundo.

—Señorita Spenser —dijo con su encantador acento de Texas, levantándose del sofá—. ¡Siento mucho haberla hecho esperar! Ha venido hasta aquí sólo para verme, y yo la he tenido esperando mientras me ocupaba del papeleo. Peter, ¿por qué no me has dicho que la señorita Spenser estaba aquí?

—Lo siento, señor. Se me debió de olvidar —se disculpó Jensen en tono aséptico, pero Genevieve se volvió para fulminarlo con la mirada. ¿Por qué no había informado a Van Dorn de su presencia? ¿Para fastidiar, tan sólo? ¿O acaso Van Dorn le estaba echando la culpa a su ayudante?

—No pasa nada —dijo Van Dorn. Tomó a Genevieve de la mano en un gesto exquisitamente natural y la hizo entrar en el camarote. Sin duda le gustaba tocar a las personas cuando hablaba. Era parte de su carisma.

Por desgracia, a Genevieve no le gustaba que la tocasen.

Pero un cliente era un cliente, de modo que mantuvo su sonrisa y dejó que la llevara a un sillón blanco de piel, olvidándose del hombre tan desagradable que la había conducido hasta allí.

—No le haga caso a Peter —dijo Harry, sentándose muy cerca de ella—. Se muestra muy protector

conmigo, pues cree que todas las mujeres van detrás de mi dinero.

—Lo único que pretendo de usted es que firme unos cuantos papeles, señor Van Dorn. No quiero robarle más tiempo.

—Si no tuviera tiempo para una mujer hermosa, sería digno de compasión —dijo él—. Peter quiere que sólo me dedique al trabajo, pero yo creo que también hay que divertirse. Me temo que no le gustan mucho las mujeres; a mí, en cambio, me gustan demasiado. Y usted es realmente preciosa. Dígame, ¿de qué signo es?

—¿Signo?

—Su signo del zodiaco. Soy un hombre supersticioso. Por eso le puse al barco el nombre de *Siete Pecados*. El siete es mi número de la suerte. Ya sé que todo ese rollo de la new age no significa nada, pero a mí me gusta. Así que le ruego que me perdone. Supongo que es libra. Los mejores abogados son libra... siempre juzgando en la balanza.

En realidad, era tauro con ascendente escorpio. Su amiga Sally le había regalado su carta astral por su dieciocho cumpleaños. Pero no tenía intención de desilusionar a su acaudalado cliente.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó, fingiendo un tono de admiración.

Harry soltó una carcajada cálida y sensual, y Genevieve empezó a ver por qué la gente lo encontraba tan encantador.

La revista *People* no mentía... Era guapísimo. Tenía un bronceado espectacular, unos ojos azules con arrugas de la risa y unos cabellos rubios que lo asemejaban a Brad Pitt. Todo su físico irradiaba un aura de calor y sexualidad, desde su amplia sonrisa

a su poderosa musculatura. Era realmente atractivo, y cualquier mujer estaría encantada de recibir sus atenciones. Aunque en esos momentos Genevieve no podría estar menos interesada.

Pero tenía un trabajo que hacer, y una de sus órdenes tácitas era darle a aquel cliente tan importante todo lo que deseara. No sería la primera vez que pensara acostarse con alguien por razones profesionales. Sabía muy bien que en el fondo era una persona pragmática. Lo había evitado hasta entonces, pero tarde o temprano tendría que ser menos meticulosa y más práctica. Y si tenía que acostarse con Harry van Dorn para conseguir que firmara unos papeles y salir de allí... Bueno, había tenido que desempeñar otras labores mucho más onerosas trabajando en Roper y compañía. Podía hacerlo si era necesario.

Pero conocía bien la jugada. No iban a ocuparse de los negocios hasta que la diversión estuviera cubierta, y con un texano eso podía llevar horas.

—No le haga caso a Peter —repitió él—. Es aries, del veinte de abril, para ser exactos. De no tener una carta astral tan favorable no lo tendría trabajando para mí. Es muy serio y aburrido, pero cumple muy bien con su trabajo.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando para usted? —inquirió ella, preguntándose cuándo pensaba quitarle Harry la mano de la rodilla. Tenía unas manos grandes y cuidadas.

—Oh, unos cuantos meses tan sólo. No sé cómo he podido arreglármelas antes sin él... Sabe más de mí y de mi vida que yo mismo. Pero ya sabe cómo son los hombres como él... tienden a volverse un poco posesivos con sus jefes. Oiga, no quiero pasar

la tarde hablando de Peter. Es tan interesante como ver crecer la hierba. Hablemos de usted, mi preciosa dama, y del motivo que la ha traído aquí.

Ella hizo ademán de agarrar su portafolios, pero él le cubrió la mano con la suya y soltó una ligera carcajada.

—Al infierno con los negocios. Tenemos mucho tiempo para eso. Me refiero a los motivos que la hayan llevado a un bufete de viejos como Roper y compañía. Hábleme de usted, de sus gustos y aficiones, y de lo que le gustaría que nuestro chef preparase de cena.

—Oh, no puedo quedarme. Tengo que tomar un vuelo para Costa Rica.

—Oh, pero puede marcharse —replicó él, imitándola—. Me aburro mucho aquí solo, y sé que sus socios quieren que me deje complacido. Pues bien, no estaré complacido a menos que pueda cortejar a alguien durante la cena.

Esos pozos de petróleo no van a secarse en una noche. Las escrituras pueden esperar. Le prometo que le firmaré los papeles y que me aseguraré de que llegue a Costa Rica, aunque no logro imaginar por qué quiere ir a ese pozo infecto. Pero mientras tanto, olvídense de los negocios y hábleme de usted.

Genevieve soltó el portafolios, y al cabo de un momento él le soltó la mano. Debería haberse sentido incómoda, pero Harry van Dorn era como un perrito inofensivo que sólo quería jugar. Bien, podía jugar con él un rato... mientras no quisiera frotarse contra su pierna.

—Cualquier cosa que el chef quiera preparar —respondió.

—¿Y para beber? ¿Qué tal Apple-tini?

A Genevieve se le revolvía el estómago con cualquier clase de martini, aunque había consumido unos cuantos en los eventos sociales que patrocinaba su bufete. Los Cosmopolitans eran los peores, y todo el mundo suponía que le encantaban.

Pero él era uno de los diez hombres más ricos de Occidente, y podía tener todo lo que deseara.

—Tab —dijo.

—¿Tab? —repitió él, aparentemente desconcertado—. ¿Qué es eso?

—Un refresco dietético. Y no me refiero a esa asquerosa bebida energética... No importa. Sólo estaba bromeando. Tomaré lo mismo que usted.

—Tonterías. ¡Peter! —apenas tuvo que elevar el tono de voz para que su ayudante entrara silenciosamente en la habitación—. Necesito que consigas un refresco dietético llamado Tab. Parece ser lo que le gusta beber a la señorita Spenser.

Los inexpresivos ojos de Jensen se posaron sobre ella.

—Por supuesto, señor. Puede tardar un poco, pero estoy seguro de que será posible encontrarlo.

—Estupendo. Y quiero que sea el original... no una imitación barata. La señorita Spenser se quedará a cenar. Dile al chef que quiero que prepare su especialidad.

—Me temo que el chef se ha marchado, señor.

Aquella respuesta bastó para borrar la encantadora sonrisa del rostro de Harry.

—No digas tonterías. ¡Lleva años conmigo! No se marcharía sin avisar.

—Lo siento, señor. No sé si sus razones serían profesionales o personales. Sólo sé que se ha marchado.

Harry sacudió la cabeza.

—¡Esto es increíble! Es el quinto empleado que se marcha sin decirme nada.

—El sexto, señor, si cuenta a mi predecesor —murmuró Jensen.

—Quiero que te ocupes de esto, Jensen —ordenó Harry con voz severa, pero enseguida recuperó su radiante sonrisa—. Mientras tanto, seguro que podrás encontrar a alguien que sustituya a Olaf para prepararnos algo delicioso a mi invitada y a mí.

—Desde luego, señor.

—No quiero causarle más problemas en medio de una crisis doméstica —intervino Genevieve—. Si firma los documentos, me iré enseguida y...

—De eso nada —la cortó Harry—. Ha recorrido muchos kilómetros sólo para verme... Lo menos que puedo hacer es invitarla a cenar como es debido. Encárgate de ello, Peter.

Genevieve sintió una punzada de remordimiento al ver cómo Jensen se alejaba. No había manera de salir de allí. Al menos tenía la certeza de que Jensen conseguiría un Tab y un chef de lujo, tan meticuloso y eficiente era. Y dentro de pocos minutos Van Dorn empezaría a hablar de su querido y viejo padre con su encanto natural de Texas... y ella tendría que recostarse en el asiento a escucharlo. Quizá se muriera de aburrimiento, pero había formas peores de pasar una velada.

Peter Jensen podía desenvolverse con una eficacia abrumadora, incluso bajo la apariencia del perfecto ayudante. Le había costado más tiempo de lo habitual librarse de Olaf, hasta el punto de que

había temido que fuera necesario usar la fuerza. Pero al final había conseguido que el chef se largara airadamente.

Tampoco le habría importado emplear la fuerza. Hacía lo que tenía que hacer, y estaba muy bien entrenado. Pero prefería la sutileza a la fuerza bruta, que dejaba marcas en los cuerpos y demasiadas preguntas. Finalmente Olaf se había marchado, Hans estaba preparado para ocupar su puesto y los dos estaban a punto de llevar a cabo su plan.

Pero la chica era un problema. Tendría que haber imaginado que los abogados de Harry enviarían a una bonita joven para contentarlo. Sabían tan poco de los gustos sexuales de Harry, que no se daban cuenta de que cualquiera podía satisfacerlo.

Los documentos que había traído con ella eran otra cuestión. ¿Eran simplemente una excusa o eran el indicio de algo más importante? Harry no había parecido muy interesado, pero eso no era nada nuevo en él. Tenía que echar a la mujer del barco, y rápido, antes de poner en marcha su plan. No harían nada en los próximos días, y no quería que una civil se entrometiera y lo complicara todo. La misión era relativamente simple... no era nada que no hubiese hecho antes, y era muy bueno en lo que hacía. Pero el tiempo siempre era fundamental. La señorita Spenser se estaba interponiendo en su objetivo. Cuanto antes se librara de ella, mejor. Era un hombre que prefería evitar los daños colaterales, y no iba a modificar su método a esas alturas, por importante que fuera su misión. Y aunque sólo conocía una parte de la Regla de Siete de Harry van Dorn, sabía que detenerlo era una misión crucial.

Sabía cómo lo llamaban a sus espaldas. El Hom-

bre de Hielo. Tanto por su gélido autocontrol como por su especial pericia. A él le daba igual cómo lo llamaran, mientras pudiera hacer el trabajo.

La señorita Spenser tendría que marcharse antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que se viera obligado a matarla.

Recordó la penetrante mirada de sus ojos oscuros. No debería haber mencionado la palabra del crucigrama... Era un detalle que ella podría recordar si alguien empezaba a hacerle preguntas una vez que el trabajo estuviera acabado. Pero no... Había desempeñado bien su papel. Ella lo había mirado y no había descubierto quién era realmente, por lo que no supondría ninguna amenaza real. Era una mujer hermosa e inteligente, y estaría de vuelta en su pequeño mundo antes de que nada malo pudiera ocurrir.

Nunca sabría lo cerca que había estado de la muerte.

Madame Lambert miró por encima de las ramas desnudas desde su anodino despacho junto a Kensington Gardens, en Londres.

Era una mujer alta, esbelta y elegante, con una piel cremosa y unos ojos fríos que en aquel momento buscaban algún signo de vida en los árboles. Era abril, momento de que la naturaleza volviese a la vida. Pero la contaminación de la ciudad siempre retrasaba la evolución natural de las cosas. Y por alguna razón, los árboles y jardines próximos a las oficinas de Spence-Pierce Financial Consultats, Ltd. morían fácilmente. Si Madame Lambert fuese una persona más romántica, pensaría que era una reac-

ción al trabajo que desempeñaban en la oficina. Spence-Pierce no era más que una de las docenas de tapaderas para el Comité, un grupo tan secreto que, incluso llevando en el puesto de directora más de un año, Isobel Lambert aún estaba descubriendo algunos de sus detalles más intrincados.

Era abril, y el tiempo se acababa. La Regla de Siete estaba en acción, respaldada por el brillante cerebro de Harry van Dorn y sus ilimitados recursos, y aún no sabían exactamente de qué se trataba.

Siete desastres, orquestados por Harry van Dorn, para sumir al mundo en un caos financiero que redundaría en beneficio del propio Van Dorn. Pero los «cuándo», «dónde» y «cómo» seguían sin estar claros. Por no mencionar los «quiénes»... Harry no podía estar haciendo todo eso sin ayuda.

Fuera lo que fuera, era letal. Y era trabajo del Comité impedir que esos desastres se produjeran, por alto que pudiera ser el coste en vidas humanas.

Albergaba un mal presentimiento, y había aprendido a confiar en sus instintos. Peter era el mejor hombre que tenían. Un espía brillante que nunca había fracasado en una misión. Pero algo le decía que eso estaba a punto de cambiar.

Sacudió la cabeza y volvió al immaculado escritorio de cerezo, ocupado tan sólo por un bloc Clarefontaine y un bolígrafo negro. Guardaba toda la información en su cabeza, pero a veces necesitaba escribir.

Garabateó unas palabras y las leyó.

La Regla de Siete.

¿Qué demonios estaba planeando Harry van Dorn?

¿Y bastaría con matarlo para detenerlo?

2

El yate de Harry van Dorn era tan grande, que Genevieve casi podía olvidar que estaba rodeada de agua. El olor del mar seguía impregnando el aire, pero a ella le encantaba el océano siempre que no estuviera a bordo de un barco. Allí podía fingir que estaba en un acantilado dominando las olas, en vez de estar balanceándose sobre la marea.

Harry van Dorn era tan extravagante como encantador, y concentró en ella todo su encanto personal. Su sonrisa letal, sus brillantes ojos azules, su voz tranquila y la atención exclusiva que le mostraba deberían haber hecho que se derritiera. Pero Genevieve no se derretía fácilmente, ni siquiera bajo el ardiente sol del Caribe ni en compañía de un multimillonario que estaba haciendo todo lo posible por seducirla.

Recibió su Tab en un vaso con hielo, naturalmente. Sabía que tendría que haber pedido un Pelle-

grino o algo similar... su bufete jamás aprobaría algo tan mundano como un refresco; pero en esos momentos tendría que estar disfrutando de sus vacaciones, así que se quitó los zapatos y se estiró en la tumbona para menear los dedos de los pies al calor del sol.

También sabía cómo hacer hablar al hombre más modesto, y Harry no era precisamente tímido. La Fundación Van Dorn nunca había estado bajo su ámbito particular. Genevieve se había ocupado de los asuntos triviales de varias fundaciones menores, pero la visión que Harry tenía del mundo le resultó fascinante. No era extraño que hubiera ganado multitud de premios y menciones humanitarias, siendo incluso nominado para el Premio Nobel de la Paz. Los beneficios de sus empresas en el extranjero se reducían a la mitad debido a que se negaba a emplear mano de obra infantil y a que los trabajadores recibían buenos salarios. Aun así obtenía beneficios, pensó Genevieve cínicamente, y esos sueldos tan generosos eran sólo una mínima parte de lo que les pagaba a los empleados de las fábricas estadounidenses. Fábricas que ahora permanecían abandonadas en las ciudades perdidas del Medio Oeste. Pero las organizaciones humanitarias ignoraban esos datos. O bien lo ignoraban, o bien sabían que concederle un premio honorífico a un multimillonario era un modo de atraer su capital hacia esas organizaciones.

Su dinero salía de todas partes... Pozos petrolíferos en Oriente Medio, minas de diamantes en África, inversiones tan complejas que ni él mismo debía de entenderlas. Ganaba dinero más rápidamente de lo que podía gastarlo, y sus gustos no podían ser más lujosos.

Pero Genevieve había conocido a muchos multimillonarios en los últimos años, y al final todos eran iguales, incluso alguien como Harry van Dorn y sus pequeñas excentricidades. Lo escuchó parlotear con su tranquilo acento texano, diciéndose a sí misma que debía relajarse, que al día siguiente podría quitarse su armadura profesional y perderse en las selvas de Costa Rica.

Se despertó con un sobresalto. Harry seguía hablando... ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que ella se había quedado dormida. Genevieve agradeció llevar gafas de sol. Si Walt Fredericks se enterara de que su protegida se había dormido delante de un cliente no dudaría en ponerla de patitas en la calle. Aunque siempre cabía la posibilidad de que fuera precisamente eso lo que ella quería.

Entonces se dio cuenta de lo que la había despertado. No había sido la cháchara de Harry, sino la sensación del barco que se movía bajo ella. El inconfundible rumor de los motores, cuando se suponía que aquella maldita cosa debía estar flotando en silencio.

—¿Por qué están los motores en marcha? —preguntó, interrumpiendo el discurso de Harry sobre las cartas del tarot.

—¿Lo están? No me había dado cuenta. Creo que los ponen en marcha de vez en cuando para comprobarlos y asegurarse de que todo está en orden. Normalmente no lo hacen hasta unas horas antes de zarpar, pero ahora mismo no tengo intención de ir a ninguna parte. Tiene que ser alguna operación de mantenimiento.

Genevieve se irguió en la tumbona. Un rato

antes habían estado a la sombra del puente, pero ahora tenía la mitad de las piernas expuestas al sol. La explicación de Harry era razonable, pero no se la tragaba.

Se calzó los zapatos asesinos con una mueca de dolor casi imperceptible y se levantó.

—No sabía que fuera tan tarde... Me he quedado absorta con sus historias —mintió con la naturalidad que había trabajado a lo largo de los años—. Necesito que firme estos papeles... tengo que tomar un avión. Debo estar en Costa Rica mañana por la tarde.

—De eso nada —replicó él—. Compartiremos una buena cena, pasará aquí la noche y mañana mi jet privado la llevará a donde quiera.

—No puedo...

—Y no piense que mis intenciones son deshonestas —dijo él con un guiño—. En realidad lo son, pero mi madre me enseñó a comportarme como un caballero con las damas. El yate consta de siete camarotes, cada uno con su propio cuarto de baño, y le aseguro que no hay nada como dormir mecido por el oleaje del océano. Hace que te olvides de todas tus preocupaciones.

—No tengo ninguna preocupación en este momento —mintió otra vez entre dientes—. Y no quiero ocasionarle tantas molestias.

—No es molestia en absoluto. Tengo un jet y un piloto sin nada que hacer... Le encantaría tener la oportunidad para volar. Incluso puede esperar a que acabe usted sus negocios y traerla de vuelta aquí o a Nueva York.

—Voy a quedarme seis semanas en Costa Rica, señor Van Dorn.

—Nadie me llama «señor Van Dorn» —protestó él—. Era el nombre de mi padre. ¿Y qué va hacer seis semanas en Costa Rica?

—Voy a explorar la selva —dijo ella, y esperó a ver su reacción.

Él parpadeó un par de veces, y por un momento Genevieve se preguntó lo profundo que sería su compromiso humanitario.

—La Fundación Van Dorn siempre ha tomado parte activa en los asuntos medioambientales —dijo él—. Después de todo, sólo tenemos este mundo.

Ella no iba a decirle que su elección había estado motivada por el hecho de que en la selva no sería fácil localizarla, más que por cualquier instinto caritativo.

—Desde luego —murmuró—. Pero de verdad que necesito irme...

—¡Peter! —apenas elevó la voz, pero Peter Jensen apareció al instante. Debía de haber estado oculto, acechando—. Avisa a mi piloto y dile que prepare el jet. La señorita Spenser volará a Costa Rica mañana y quiero que esté cómoda.

Ella abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla al ver la extraña expresión que se vislumbraba tras las gafas de Peter Jensen. Era una expresión inescrutable, un enigma, pensó, recordando la palabra del crucigrama.

—Si de verdad no supone ninguna molestia... —dijo, resignándose a pasar la noche en aquel barco.

—Muy bien, señor —murmuró Jensen en tono neutro.

—Y que le preparen también la cabina. Se va a quedar a pasar la noche —se volvió hacia Genevieve—.

ve con una sonrisa—. ¿Lo ve? Tengo intención de comportarme como un perfecto caballero.

Por alguna razón, Genevieve se sorprendió mirando al ayudante. Debía de haberse imaginado el atisbo de desprecio en sus fríos ojos... Un buen criado jamás delataba sus emociones, y sospechaba que Jensen era muy buen criado. Harry podía permitirse lo mejor, y ella ya había comprobado la eficacia y meticulosidad de Peter Jensen.

—Muy bien, señor.

—Envía a alguien a recoger el equipaje de la señorita Spenser.

—Me temo que eso será imposible, señor. Me encargué de facturar su equipaje cuando fui a tierra a buscar un nuevo jefe de seguridad... Me pareció lo más prudente en su momento. El equipaje de la señorita Spenser ha sido enviado a Costa Rica en su vuelo previsto.

Prudente... En otras circunstancias se habría enfadado bastante, pero la «prudente» acción de Jensen le daba la excusa que necesitaba.

—Ha sido muy amable de su parte, señor Jensen. Parece que tendré que marcharme, después de todo.

—Sólo hago mi trabajo, señorita Spenser —murmuró él—. Lo he arreglado todo para que la lancha esté lista dentro de una hora.

—Bueno, pues ya puedes ir desarreglándolo —dijo Harry—. La señorita Spenser se queda a pasar la noche. Y no me digas que no hay ropa adecuada para ella a bordo, porque sé que la hay. Además, es siete de abril, y sabes muy bien que el siete es mi número de la suerte. Apuesto a que su cumpleaños es el siete de octubre, ¿verdad, señorita Spenser?

Genevieve se preguntó de dónde habría sacado una suposición tan absurda, pero enseguida recordó que le había hecho creer que era libra. ¿Desistiría de retenerla allí si le decía que su cumpleaños era el quince?

—Es usted realmente increíble —dijo en tono ligero.

—Me temo que la ropa de mujer que tenemos es de la talla dos o cuatro —dijo Jensen—. Como usted mismo ordenó, señor.

Genevieve no sabía qué la irritaba más, si la suposición de Harry van Dorn de que ella haría todo lo que él deseara, o la insinuación de Peter Jensen sobre su peso.

—Yo uso la talla seis —dijo. En realidad usaba la ocho, y a veces incluso la diez, y sospechaba que con la ropa barata sería aún peor. Pero no iba a admitirlo de ninguna manera.

Jensen no pareció incrédulo... Seguramente sabía cuál era su talla real, pero estaba demasiado bien entrenado.

—Por Dios, Jensen, no somos tan formales —dijo Harry—. Estoy seguro de que podrás encontrar algo para ella —se volvió otra vez hacia Genevieve—. Recuerde que es aries. Testarudo hasta la saciedad, pero cumple bien con su trabajo. Mientras que yo, como acuario, soy un hombre de ideas. Normalmente no congenio mucho con los libra, pero confío en que tenga un buen ascendente.

Lo único que ascendía en ella era su impaciencia, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Dado que trabajaba para él, Harry podía esperar cualquier cosa que quisiera de ella, de modo que apretó los dientes y sonrió.

—Seguro que cualquier cosa me vendrá bien — dijo.

Peter Jensen asintió, con el rostro tan impasible como siempre. Genevieve esperaba que retrocediera de espaldas, como un criado chino de la Edad Media, pero en vez de eso se dio la vuelta y se marchó. Genevieve se quedó fascinada al verlo por detrás. De espalda parecía muy distinto... Más alto, más esbelto, menos ordinario. Tal vez fueran las gafas y el pelo lo que lo hacían parecer tan vulgar. O tal vez ella necesitara unas vacaciones más de lo que había pensado, por tener fantasías paranoicas con un soso ayudante personal.

Fuera como fuera, no tenía importancia. Había sido atrapada por un texano encantador. Dejaría que Harry van Dorn la agasajara a gusto y al día siguiente estaría de camino a Costa Rica.

No iba a acostarse con él... eso lo había decidido un rato antes, aunque no sabía exactamente cuándo. No estaba de humor para nada, salvo para evadirse y estar tranquila.

Se tomaría un par de calmantes para sofocar la ansiedad que le provocaba estar rodeada de agua. Y al día siguiente, a aquella misma hora, todo sería un recuerdo lejano.

Jensen no estaba contento. Las cosas no se desarrollaban como había planeado, aunque rara vez lo hacían. No había contado con Genevieve Spenser, ni que Harry van Dorn la retuviera como un perrito con un juguete nuevo. Podía aprovecharse de ella en su propio beneficio, pero no le gustaba. Las complicaciones siempre eran un mal necesario, pero él era un

hombre que se deshacía de ellas. Tendría que haberse librado de la señorita Spenser antes de que ella llegara a las islas.

Casi nunca perdía el tiempo en mirar atrás. Se había esperado a una belleza despampanante, un inconveniente menor del que pudiera librarse rápidamente. Genevieve Spenser era muy guapa y atractiva, pero era algo más. Era más lista de lo que quería hacer creer a la gente, y mucho más susceptible.

Aquella furia interior era realmente fascinante. Las mujeres que él conocía sabían ocultar muy bien su ira, canalizándola por los medios más retorcidos. Genevieve Spenser no parecía haber encontrado su cauce, y él podía percibir el fuego que ardía tras la sosegada expresión de sus ojos marrones. Pelo rubio y ojos marrones... una combinación muy interesante. Aunque el color natural de su pelo debía de ser castaño claro.

Pero estaba pensando demasiado en ella cuando tenía trabajo que hacer. Hans estaba instalado en la cocina, y Renaud estaba ocupado en las entrañas del yate, asegurándose de que todo estuviera listo cuando recibieran la orden. Los otros cinco habían sido elegidos personalmente por Isobel Lambert, y eran casi tan eficaces y profesionales como él mismo. Habían ocupado sus nuevos puestos sin ninguna dificultad. Harry van Dorn no sospechaba que estaba rodeado por miembros del Comité.

Aunque si era tan honesto como parecía ser, no tenía ni idea de lo que era el Comité. Pocas personas lo sabían, pero Peter no creía que Harry fuera tan ignorante. Su dinero y poder podían comprar información privilegiada.

Por alguna razón, se impacientaba.

Harry van Dorn debería haber sido un asunto fácil. Un multimillonario megalómano aficionado al ocultismo y con un plan para hundir la economía mundial.

El problema era que Harry tenía a mucha gente trabajando por separado en cada rama de su plan. Cada sección de la Regla de Siete funcionaba de manera independiente, por lo que era extremadamente difícil descubrir los detalles de los desastres inminentes. Una pista nunca conducía a otra, y su ejército de subordinados no parecía ser consciente de la existencia de otros ejércitos. Peter sólo llevaba cuatro meses ocupando aquel puesto... Un periodo relativamente corto si lo comparaba con su último trabajo como ayudante personal de Marcello Ricetti, un traficante de armas siciliano amante del sadismo y de los chicos jóvenes. Peter había conseguido mantenerlo alejado de los niños durante el año que había pasado con él, a cambio de un alto precio. Habría tenido que pagar el mismo precio de todas formas, pero no se lo había pensado dos veces. Aunque al final le había costado la pérdida de su propia esposa.

Al menos no había tenido que ofrecerle más servicios personales a Harry van Dorn. La personalidad asexual de Peter era una gran ventaja para conseguir sus objetivos. Harry sólo quería que alguien velara por sus comodidades. Las necesidades sexuales podía buscárselas él mismo.

Y eso lo llevaba de nuevo a Genevieve Spenser. Quizá lo mejor fuera que se acostara con Harry. Si se quedaba sola en su cabina, sería mucho más difícil impedir que Renaud le cortara el cuello.

Aunque al final tal vez no quedara otro remedio... Era muy peligroso dejar que volviera a Nueva York y que respondiera al interrogatorio sobre la desaparición de Harry van Dorn y su yate. Una baja de guerra, diría Thomason. Pero Thomason se había ido, y Peter esperaba que los despiadados métodos del Comité pudieran abandonarse.

Pero la gente que sabía demasiado siempre era un problema. Las drogas que habían desarrollado eran muy volátiles; podían borrar demasiados recuerdos o muy pocos. Cuando había tanto en juego no se podían correr riesgos.

Aunque tal vez no fuera necesario. Tal vez pudiera sacarla del barco... Ella parecía desesperada por marcharse. No haría falta mucho tiempo. Si el jet de Van Dorn estaba fuera de servicio, tendría que viajar en un avión comercial, y sería muy sencillo reservar un vuelo para primera hora de la mañana. Ella lo había visto, sí, pero no recordaría nada de él. Era uno de sus muchos talentos.

Lo estaba complicando todo sin necesidad, sólo para proteger a una niña rica y mimada. Ella estaba allí y podía quedarse allí. Peter la mantendría viva si pudiera. Y si no fuera posible, se aseguraría de que fuera una muerte rápida y sin dolor. Después de todo, nacer en la abundancia no era un crimen. Sólo un pequeño delito moral.

La cabina parecía más una suite de lujo que un camarote. La cama de matrimonio sólo ocupaba una cuarta parte de la habitación, y tenía una enorme ventana con vistas a la ondulante superficie del océano.

Corrió las cortinas y tomó una larga ducha, sólo por el placer de mimarse un poco. Se había acostumbrado a las pequeñas comodidades, después de una dura infancia de carencias y penalidades económicas donde lo más importante había sido guardar las apariencias. ¿Quién habría imaginado que la pobre Genny Spenser acabaría tan mimada? Había un cierto caché en ser una de las *nouveau pauvre*. El dinero que sus antepasados habían amasado se había esfumado, y lo único que quedaba era la expectativa del lujo sin el dinero para comprarlo. Pero sus padres nunca lo admitieron, y en público seguían siendo los Spenser, situados socialmente por encima de aquéllos que tenían que trabajar para vivir. Pero de puertas para adentro, bajo los techos con goteras y las habitaciones vacías, comían los macarrones con queso en lata que su madre preparaba rencorosamente.

Al menos tenían suerte de tener un techo sobre sus cabezas. Su padre, la oveja negra de la familia, era el único Spenser que quedaba vivo por parte paterna, pero a su muerte la casa pasaría a propiedad estatal de Rhode Island. De modo que había vendido todo lo que pudo... las tierras, los muebles. Los objetos de arte habían sido empeñados en la generación anterior, y su abuela había sobrevivido vendiendo sus joyas. Quedaba muy poco para vender cuando los padres de Genevieve se trasladaron a la casa. Nadie podía ir de visita, naturalmente, porque entonces se sabría el secreto. Sus padres decían que la casa siempre estaba en obras y atendían los compromisos sociales en restaurantes y clubes selectos. Y Genny y su hermana comían sándwiches de mantequilla de cacahuete durante semanas para pagar la factura.

Ahora podía comprar, comer y vestir todo lo que quisiera. No era extraño que hubiese engordado siete kilos... había demasiadas cosas exquisitas que probar. Si su esquelética madre hubiera estado viva, se habría quedado horrorizada.

Pero sus padres estaban muertos, la casa había desaparecido, y Genevieve Spenser había ganado una fortuna en Roper, Hyde, Cami and Fredericks. Su madre habría dicho que estaba hecha para un hombre como Harry van Dorn, aunque sin duda habría mirado con desprecio sus fábricas políticamente correctas. Según su madre, el único medio aceptable de tener dinero era heredarlo. Su padre se habría limitado a tomarse otro whisky escocés.

La ducha era inmensa, y Genevieve dejó que el agua le barriera la tensión del cuerpo. Se tomaría otro tranquilizante antes de encontrarse con Harry, aunque tendría que vigilar el consumo de vino. Y luego dormiría sola en esa cama de ensueño, bajo las sábanas de algodón egipcio, y a la noche siguiente estaría en un saco de dormir. Y sería mil veces más feliz.

Estaba oscureciendo cuando salió de la ducha, y podía ver las luces de la costa a través de las diáfanas cortinas. No supo si eran un recordatorio de que estaba cerca o lejos de tierra firme, pero dejó las cortinas echadas de todas formas mientras se vestía con la ropa nueva y le arrancaba las etiquetas. Talla ocho. No sabía si sentirse irritada o aliviada.

Agarró el frasco de aspirinas y se llevó dos a la boca. Tenía que ser el océano lo que la hacía sentirse incómoda y paranoica, pensando que algo iba mal. Pero los tranquilizantes la ayudarían a calmarse, y al cabo de dos días podría prescindir de ellos...

al menos hasta que volviera a la ciudad y a la vida que había elegido.

Se hundió en uno de los grandes sillones y cerró los ojos mientras esperaba a que las pastillas hicieran efecto. Todo saldría bien. Todo sería perfecto.

Y luego se marcharía de allí.

Era una preciosidad, pensó Harry van Dorn mientras la observaba por el circuito cerrado de televisión. Un poco abultada para la ropa, pero desnuda era perfecta. Estaba harto de modelos huesudas que siempre estaban actuando. Pero era normal en él. Era un hombre de impulsos que se obsesionaba con algo, lo conseguía y luego perdía interés. Había estado con mujeres vírgenes, mayores, feas y con hombres atractivos. También había poseído a muchos niños, pero éstos lloraban demasiado, y cuando encontraba a uno que mereciera la pena, acababa creciendo, y él no quería a nadie mayor de once años.

Su gusto por las modelos había sido una buena alternativa... socialmente aceptable, incluso alentada, y no había tenido ningún problema en atraerlas. Suponía un trofeo para ellas, igual que ellas para él, de modo que todos salían beneficiados.

El único problema era que no podía hacerles daño sin pagar un precio muy elevado. Sus cuerpos eran su modo de ganarse la vida, por lo que cualquier cicatriz, magulladura o hueso roto reduciría su valor en el mundo de la pasarela. Harry se había pasado con una, y luego había intentando comprar su silencio. Ella había cometido el grave error de negarse, y a nadie le había parecido extraño que una

supermodelo anoréxica apareciera muerta de hambre en un pequeño castillo de Francia.

Pero todo eso pertenecía al pasado. Miró la hermosa piel de Genevieve Spenser y supo que iba a conseguirla. Sus abogados sabían cómo silenciar las cosas, y si cometía un error y llegaba demasiado lejos, tendría las espaldas bien cubiertas. No, la señorita Genevieve Spenser era un regalo caído del cielo, al igual que los documentos que había traído con ella. Los documentos que rompían sus lazos con algunos de sus pozos petrolíferos más lucrativos y que iban a explotar en dos semanas.

La Regla de Siete, su número de la suerte. Siete desastres para sumir en el caos al mundo de las finanzas y permitir que un hombre inteligente y avisado saliera beneficiado. Un hombre inteligente como él. El incendio de los pozos petrolíferos era el número tres, y nada podría detenerlo.

Nada lo detendría hasta que tuviera todo lo que deseaba.

Y lo mejor de todo era que siempre quería más.